

BIBLIOTECA CANARIA

**La primitiva historia  
de Tenerife**

DE LA CONQUISTA DE LA ISLA Y  
DE LO SUCEDIDO EN ELLA  
HASTA EL AÑO 1558

LIBRO TERCERO

Por

Fr. ALONSO DE ESPINOSA

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Valentín Sanz, 15,



## ARGUMENTO DEL LIBRO TERCERO

Prosigue Pluma mia, pues tu intento,  
Cumpliste: aunque con faltas y borrones  
La historia cuenta agora y fundamento  
De la conquista, y célebres varones.  
Trayendo á la memoria el largo cuento  
De guerras, cavalleros, y peones  
De la conquista, digo de Nivaria,  
Do tiene su morada Candelaria.



# I

## Del descubrimiento de esta isla

Aunque no fué mi intento ni el principal motivo de mi escritura ser historiador desta isla, no puedo dejar de tocar algunas cosas de ella, para más claridad de lo que entre manos tengo, porque en el orden de proceder no haya falta, y también porque no voy fuera de propósito, pues todo va a un fin dirigido. Muéveme además a esto ver que aunque hay muchos historiadores que de las otras islas escriben, como es el doctor Fiesco en Canaria, que va escribiendo una larga y curiosa historia, y Leonardo Turian, ingeniero, que con sutil ingenio y mucho arte escribe la descripción destas islas, y otras que no han salido a luz; desta isla de Tenerife hacen tan poca mención, que casi es ninguna, habiendo tanto que decir della. To-

do esto causa la poca curiosidad de los naturales y moradores della, pues por sacarlos deste oprobio quise tomar este trabajo aunque tarde, y exponerme al peligro que de las lenguas maldicientes me pudiere venir, pues no hay gloria donde en conseguirla no hubo peligro y trabajo.

De lo que atrás queda dicho se ve claro que los de las islas comarcanas tenían noticia desta, pues hacían saltos y entradas en ella; pues el señor destas islas, que era Diego de Herrera (como adelante se verá), habiendo entendido la fertilidad de la tierra sabido las fuerzas de los naturales que la habitaban, y no hallándose con fuerzas para por fuerza hacer la entrada y conquistarla, quiso tratar de paces con los reyes de ella, y por esta vía ganarla; y así vino ella a doce de julio del año de 1464, al puerto del Bufadero, donde juntándose los nueve reyes de la isla, que eran el gran rey Imobach de Taoro, el rey de las lanzadas que se llamaba rey de Güimar, el rey de Naga, el rey de Abona, el rey de Tacoronte, el rey de Tegueste, el rey de Icod, el de Adaje y el de Daute, trataron de paces y amistad, y la firmaron con el dicho Diego de Herrera, ante Fernando de Párraga, escribano

público, y en alguna manera le dieron la obediencia, como consta por auto público, mas no fundó por entonces pueblo alguno, ni torreón y así se volvió a su tierra, quedando en paz la isla.

Donde algunos años vino Sancho de Herrera, hijo del sobre dicho, a esta isla con intento de ganarla y poblarla, y saltó en tierra en el puerto de Santa Cruz, término de Naga, que llamaban Añazo, donde permitiéndolo los naturales hizo un torreón en que él y los suyos vivían, y allí venían los naturales a tratar y contratar con los cristianos. Sucedió que los españoles hicieron un hurto de ganado de que los naturales se sintieron y se quejaron a Sancho de Herrera de sus vasallos, y para conservar la amistad entre ellos firmada hicieron una ley: que si algún cristiano cometiese delito alguno, que se lo entregasen a ellos para que hiciesen de él a su voluntad, y si fuere natural contra español, por el contrario. Hecha esta ley a conveniencia, sucedió que los españoles incurrieron en ella, haciendo no sé qué agravio a los guanches; éstos se quejaron del agravio recibido, y Sancho de Herrera se los entregó en cumplimiento de lo que entre sí habían puesto, para que ellos hiciesen jus-

ticia a los españoles. El rey de Naga, usando de clemencia con ellos, no les quiso hacer mal, antes los volvió en paz a su capitán sin daño.

No pasaron muchos días sin que los guanches cayeran en la pena, habiendo hecho contra los españoles cosa de que les convino que se rellenasen a su rey de ellos, el cual sin más deliberar entregó a Sancho de Herrera los malhechores; mas no les sucedió con él lo que a los españoles con su rey, porque lo mandó ahorcar luego Sancho de Herrera sin remedio. No pudieron los naturales sufrir ni llevar la cruel justicia, que de los suyos en su tierra los advenedizos y extranjeros hicieron, y así amotinados quiebran las paces entre ellos sentadas y vienen de mandada armada al torreón que los cristianos tenían hecho, y dando con él por el suelo lo arrasan, matando algunos de los que dentro hallaron, y así fué forzoso a Sancho de Herrera y a los suyos que desamparando la tierra se volviesen a la suya con pérdida de algunos.

## II

### De cómo los reyes Don Fernando y Doña Isabel compraron las Islas de Canaria, Tenerife y Palma

El año de mil cuatrocientos diez y siete, a ruego y petición de Mosen Rubin de Bracamont, almirante de Francia, el Rey D. Juan el Segundo, hizo merced de la conquista de estas siete islas a un caballero francés llamado Monsieur Juan de Bethencourt, con título de Rey de Canaria, y por obispo de ellas a D. Fr. Mendo, que las anduvo y vió todas.

El dicho Monsieur Juan de Bethencourt, habiendo ganado con facilidad la isla de Fuerteventura y Lanzarote y poblándolas, hizo su morada y habitación en Lanzarote, desde donde comenzó a conquistar las demás islas, comenzando por Gomera y Hierro porque tenían menos gente y eran más fáciles. Por muerte deste caballero heredó otro pariente suyo llamado Monsieur Menaut de Bethen-

court, el cual haciendo mal tratamiento a sus vasallos se quejaron al Rey don Juan, habida información de los desafueros que con ellos usaba envió a Pedro Barba con tres navíos de armas a quitarle las islas. Y habiendo pasado entre ellos algunos trances vinieron a concierto, y compróle el dicho Pedro Barba las islas y conquista de ellas con expreso consentimiento del Rey don Juan de la Reina doña Catalina, su madre. Pedro Barba las vendió a Hernán Pérez, caballero sevillano, y éste dicen las hubo el duque de Medina, el cual las vendió a un Guillen de las Casas, de quien las compró Hernán Peraza, padre de doña Inés Peraza, que la heredó, y casó con Diego de Herrera, hermano del mariscal señor de Ampudia D. Fernando de Ayala.

Pues poseyéndolas los dichos, por ciertos agravios que a sus vasallos hicieron, ellos dieron petición, informando al consejo real sobre ello. Lo que visto por los del consejo mandaron dar su provisión real en que mandaron a doña Inés Peraza, como propietaria señora de las islas, viniese personalmente a Corte a defenderse. Y como aquella que se intitula Reina de las islas de Canaria era la primera vez que a Corte iba, qui

mostrarse y así se embarcó en Lanzarote, llevando consigo la mejor compañía y aderezos que pudo, y se presentó ante los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, y habiéndoles besado las manos dió su disculpa. Y siendo oída se trató sobre el pleito en el consejo real, durante el cual entendieron los reyes que Diego de Herrera y Doña Inés no tenían posibilidad ni aparejo para conquistar las islas que restaban, que eran Canaria, Tenerife y Palma, y por esto trataron de comprárselas, y concertáronse en que sus altezas les diesen por ellas seis cuentos de maravedís y por ellos vendieron y cedieron el derecho que tenían a las dichas islas, en la corona real de Castilla, quedándose ellos con las demás islas, que son Gomera, Hierro, Lanzarote y Fuerteventura, las cuales poseen hoy sus descendientes, quedando ya al patrimonio real las tres que son las mejores de las cuales vamos tratando.

### III

De algunas entradas que hicieron en esta Isla antes que viniese a ella Alonso de Lugo

Pasados algunos años desta compra, el gobernador de Canaria, Pedro de Vera, caballero jerezano, habiendo ya sujetado y ganado aquella isla el año de mil cuatrocientos y ochenta y tres, para que quedase más sosegada y pacífica parecióle que era bien sacar de la isla los canarios más valientes y principales, y para hacerlo sin notar fingió que quería ir con ellos a conquistar la isla de Tenerife, y con esta determinación se embarcó, llevando consigo la mayor y mejor parte de los canarios, y de los españoles los que les pareció, y vino a esta isla y tomando tierra desembarcó no sé en qué puerto, donde apercibió a sus canarios diciéndoles que si peleaban como hombres y eran leales les haría mucho bien, y que el Rey, su señor, les haría muchas mercedes, lo cual les declaró Guillén Castellano de lengua, y

viendo el gobernador que mostraban buena voluntad, entró en la isla y cautivó mucha gente della, y llevó mucho ganado.

Mas como su intento no era fundar pueblo sino desterrar los canarios que traía, tornóse a embarcar con la presa, y mandó que todos los canarios se embarcasen en un navío, y con ellos Hernando de Vera, su hijo, al cual tenía mandado que siendo de noche se apartase y tomase la derrota de Castilla, donde llevase los canarios, y así lo hizo; aunque no fué desta vez a España, ni salió con su intento, como en la historia de Canaria se verá.

Algunos años después, por muerte de D. Juan de Frías, obispo de Canaria, fué proveído D. Fr. Miguel de la Serna, el cual teniendo por grave cosa haber vendido Pedro de Vera y dado por cántivos a los gomeros por la muerte de su señor Hernán Peraza, marido de doña Leonor de Bobadilla, acusóle dello ante sus altezas, recriminando que siendo cristianos y no culpantes, les había hecho este agravio, y así fué llamado a España de los Reyes Católicos el dicho gobernador Pedro de Vera; y sucedióle en el oficio Francisco Maldonado, y queriendo hacer entrada en esta isla, envió a percibir a

Pedro Hernández de Saavedra, caballero sevillano, que era casado con doña Constanza Sarmiento, hija de Diego de Herrera y de doña Inés Peraza, el cual estaba en Lanzarote, para que juntos entrasen en Tenerife; y concertadas y juntas sus gentes se embarcaron y vinieron a esta isla, y en ella tomaron tierra.

Francisco Maldonado, no acostumbrado a estas entradas, se adelantó y acometió a los gualches, que estaban apercebidos (por haber llegado los navíos de día a la tierra y haberlos visto antes que desembarcaran), y habiéndolos acometido, se metió en ellos con tan mala orden que los naturales le rompieron y desbarataron y le mataron cuarenta hombres, y si no acudiera a socorrerlo Pedro Hernández de Saavedra con su gente puesta en buen orden, le hicieran mucho más daño. Mas llegando Pedro Hernández recogió los de Francisco Maldonado que venían desbaratados, y arremetió contra los guanches con tanto ánimo y orden que les resistió su desordenada furia, y acabó de recoger todos los de Canaria, y con ellos se retrajo lo mejor que pudo, que no fué poco, y viendo que desta vez ya no podían hacer

cosa de provecho, se tōrnaron a embarcar con mucho daño.

#### IV

### De la primera venida de Alonso de Lugo a esta Isla

Apaciguada la isla de Canaria desde la cual venían a esta de Tenerife y hacían entradas como queda dicho, habiendo visto la fertilidad de la tierra y la mucha gente que la habitaba, y la multitud de ganado menor que en ella había (porque cuando los españoles entraron en ellas pasaban de doscientas mil cabezas de ganado), los caballeros que de la conquista quedaron ganosos de honra y de ver tierras y cosas nuevas, trataban de la conquista desta isla y de la Palma, uno de los cuales era Alonso de Lugo, cuñado de la mujer de Pedro de Algalba, gobernador que fué de Canaria, a quien el capitán Juan Rejón con falsos recaudos e informaciones degolló en Canaria. Pues este caballero Alonso de Lugo, de quien voy

tratando, había estado continuamente en la conquista de Canaria casi desde el principio della, y como a hombre de valor se le había encomendado la tenencia de la torre de Agaete para que por aquella parte conquistase; era muy diestro en esta guerra, y desde aquella parte había hecho algunas entradas en esta isla de Tenerife, y así tenía conocimiento de la gente y puebllos de ella.

Movido, pues, por la muerte del dicho gobernador (aunque había días que era pasada), fué a Cortes a pedir justicia contra el dicho Juan Rejón; mas desde que supo que en la Gomera había muerto a manos de Hernán Peraza, su enemigo, dejó de seguirle, y procuró alcanzar de SS. MM. la conquista desta isla y la de la Palma que tenía Juan Rejón. Llegó a tiempo que Granada se acababa de ganar, y así tuvo buen despacho, porque estaban ya los reyes con más descanso. El se ofreció de hacer la dicha conquista a su costa y a la de sus amigos, y SS. MM. le dieron título de Gobernador de la conquista y Capitán General en las partes de Africa desde el de Aguer, hasta el de Bojador, y que conquistadas las islas le señalaban y nombraban por repartidor de las tierras dellas, juntamente con otro que

SS. MM. nōmbraſen; eſto ſē capituló entōces, mas el año de mil y quatrocientos y noventa y ſeis, a 5 de noviembre, ſe le en-  
vió poder para que él ſolo las repartiſe, como lo hizo.

Deſpachado que fué, unióſe mucha gente de luſtre, entre la que figuraban Hernando del Hoyo, continuo de la caſa de Su Mageſtad; Pedro de Vergara, Jerónimo de Valdés, hijo de Pedro del Algaba, también continuo de la caſa real; Bartolomé Benítez, Pedro Benítez el tuerto, hombre muy diſpuerto y muy valiente, con otros muchos, y vino a la iſla de Gran Canaria, donde levantando bandera ſe le juntaron muchos ſoldados, así de los eſpañoles y conquistadores como de los naturales canarios, como fueron Guanarteme, Maninidra,, Gonzalo Mendes Caſtellano, Pedro Mayor, Pedro de Cruas, Ibone de Armas, Juan Dara, que por ſu nombre antiguo llamaban Dutindana, Juan Paſcual, con otros muchos, y dió ſobre la iſla de la Palma, la cual con brevedad (por la cobardía de los palmeſes) fué conquistada, dejando alguna gente en ella que la poblare, dió la vuelta con próspero ſuceſo a la Gran Canaria, donde rehaciéndose de gente y pertrechos neceſarios para la jornada, con más de mil ſol-

dados, partió en una pequeña armada para la isla de Tenerife, y entró en el puerto que llamaron Santa Cruz y en él desembarcó por mayo del año de mil cuatrocientos y noventa y tres, con poca resistencia que de parte de los de la tierra hubo, aunque no sin algunas escaramuzas y encuentros.

De allí subió marchando con su gente, en ordenanza, hacia La Laguna, y la sentó en un campo, donde después fundaron una ermita que llaman de Gracia, que es del Reino de Tegueste. Aquí vino el rey de Güimar, Acaimo, a sentar y confirmar las paces, que con Diego de Herrera y otros capitanes había firmado, porque este rey (por respeto de la Imagen de Candelaria que en su poder tenía) siempre fué amigo de los cristianos. Deste se informó el Gobernador de la Conquista, Alonso de Lugo, de las fuerzas y gente que el Rey de Taoro, llamado Quebehi Benchomo, tenía.

Y no tardó mucho que el dicho Rey Benchomo, como hombre animoso y que había experimentado las fuerzas de los españoles en otros trances, y no los estimaba en mucho, vino en persona con sólo trescientos hombres a verse con el Gobernador y a saber el intento de su venida, pues se detenía

más que otras veces en la tierra. Y habiéndole dicho (siendo Guillén Castellano el intérprete) que venían a procurar su amistad, y a requerirle se hiciesen cristianos como lo eran los de las otras islas comarcanas, y se sujetasen y rindiesen al Rey de España, que los tomaría y recibiría debajo de su amparo y protección y les haría muchas mercedes. Respondió el bárbaro no como tal, sino como hombre discreto que era (que esta dignidad de rey trae consigo la discreción), que en lo que trataban de amistad, ningún hombre que no fuese provocado de otro e irritado la había de huir ni rehusar, pues era bien común; y que ésta la admitiría él de voluntad si se fuesen de su tierra, y que le dejasen en paz, sirviéndose de lo que en ella hubiese y les agradase. Y que en cuanto a ser cristianos, ellos no sabían qué cosa era Cristiandad, ni entendían esta religión, que se verían en ello, y se informarían, y así con más acuerdo darían respuesta. Mas que a lo que decían de sujetarse al Rey de España, que no estaban de ese parecer, porque nunca había reconocido sujeción a otro hombre como él. Y después de otras razones que entre ellos pasaron, no concluyendo cosa alguna, dió vuelta el Rey hacia Taoro

con sus gentes, quedándose los nuestros en su asiento.

## V

De la batalla que hubo entre los españoles y los guanches en Centejo y la matanza que en ellos hicieron

Cosa averiguada es, por derecho divino y humano, que la guerra que los españoles hicieron, así a los naturales destas Islas como a los indios en las occidentales regiones, fué injusta, sin tener razón alguna de bien en que estribar, porque ni ellos poseían tierras de cristianos, ni salían de sus límites y términos para infestar ni molestar las ajenas. Pues decir que les traían el Evangelio había de ser con predicación y amonestación, y no con tambor y bandera, rogados y no forzados; pero esta materia ya está ventilada en otras partes, pase ahora.

Volviendo a nuestra historia, el Gobernador de la Conquista, Alonso de Lugo, te-

niendo en menos a los naturales de lo que debía, viendo que el Rey de Taoro no se le sujetaba, antes mostraba brío de esperarle y resistirle, sin más deliberación, hace marchar el campo, hacia el Reino de Taoro, pareciéndole que venciendo y sujetando a este Rey por ser más poderoso, los demás vendrían a buenas y se le rendirían. Mas quien a su enemigo *papa a sus manos muere*. El Rey de Naga, y el de Tacoronte y Tegueste, por cuyos términos los españoles habían pasado, no hicieron resistencia con todo su poder (aunque hacían algunos asomos y arremetidas), o porque veían la pujanza y fuerza de los nuestros, o porque los querían dejar entrar tierra adentro para usar dellos a su salvo.

Al fin el campo fué marchando hasta la Orotava, sin hallar resistencia, donde hallando cantidad de ganado, dieron en él; y habiendo cogido mucho número dél y no hallando enemigos, se empiezan a volver con la presa, pensando que los guanches no osaban acometerles. Pero el Rey de Taoro, Benchomo, nada descuidado, que esperaba ocasión para hacer su hecho, como vió la suya, y que sus enemigos (a su pesar) se volvían victoriosos, recoge con presteza hasta tres-

cientos hombres valientes de los suyos, y manda a un hermano suyo, hombre osado y animoso, por capitán y caudillo de ellos, con mandato y aviso que por lo alto de la sierra vaya con aquella gente y entretenga al enemigo, en algún paso fragoso, mientras él con el resto de su gente le va en el alcance.

No fué negligente el hermano del rey en poner por obra lo que se le había encomendado, y así tomando el alto de la sierra y paso de los nuestros dejó llegar al Gobernador y a su gente a tiempo y lugar donde no pudiesen aprovecharse de los caballos (que era lo que ellos más temían, y en lo que la fuerza de los enemigos consistía), a un lugar espeso de monte, cuesta arriba, embarazoso de piedras, matorrales y barrancos, y desde allí dieron voces y silbaron al ganado que los nuestros llevaban. Cuando los españoles se vieron en lugar tan peligroso, donde no eran señores de valerse de sus armas ni de mandar sus caballos, y que les tenían tomada la delantera y pasos, pues volver atrás no podían por no entregarse a las fuerzas de su enemigo y metérsele en las manos, la vanguardia iba muy adelante, el cuerpo del batallón estaba deshecho y des-

baratado porque el ganado por huir (habiendo oído los silbos) lo había roto, dióse prisa la retaguardia para juntarse y hacerse un cuerpo que ya la vanguardia había hecho alto para esperar.

Uno de los canarios que con el capitán venía, llamado Pedro Maninidra, hombre valentísimo y de quien los españoles hacían mucho caudal, viendo el lugar donde estaban y el poco remedio que de vencer sentía, estando delante del caballo del Gobernador, temblábale todo el cuerpo tanto que le crujían los dientes, y viéndolo así el Gobernador de la conquista le dijo: ¿Qué es eso, Maninidra? ¿Tiemblas de miedo? ¿Ahora es tiempo de temer? Respondió el canario y dijo: No tiemblo de miedo, que nunca lo tuve; mas tiemblan las carnes pensando el estrecho en que el corazón las ha de meter hoy. Otros dicen que este dicho, aunque fué deste canario, no fué en este tiempo, sino en otra entrada que se hizo en Berbería, donde se halló.

Al fin, los cristianos puestos en este conflicto, no saben qué consejo tomar. Algunos culpaban al Gobernador Alonso de Lugo, que fué avisado de los canarios que no se metiesen tanto tierra adentro sin dejar las

espaldas seguras, porque en aquella espesura y malos pasos habían los guanches de hacer su becho; mas él, o fuese por tenerlos en poco, porque Dios así lo permitía para castigo, no quiso tomar su parecer. También dicen que la blasfemia de cierto soldado fué causa por donde Dios permitiese esta pérdida y azote en los españoles, porque diciendo alguno que aunque el lugar era trabajoso, los enemigos eran pocos y desarmados, que peleando como debían vencerían con la ayuda de Dios (hablaban como caballeros cristianos), respondió uno no como cristiano y dijo: Voto a Dios que sin su ayuda pienso salir vencedor, porque para tan poca y tan ruin gente no hemos menester su ayuda. Pero como no se salva el caballero, ni alcanza victoria, fiando en su fortaleza y virtud, salióle al contrario. Porque dando los guanches en los españoles en aquel trabajoso paso, como ellos venían cansados, y no se podían juntar, ni usar de sus armas y destreza, aunque hacían su deber, peleando varonilmente, como el lugar les era contrario, así lo fué la fortuna, que llevándolos de vencida, fueron haciendo gran matanza en ellos, de donde le quedó el nombre al lugar, la Matanza de Centejo.

El capitán de los de Taoro, viendo que los españoles iban de huida y que los suyos hacían carnicería en ellos, sentóse sobre una piedra muy de propósito. No tardó mucho que el Rey de Taoro no viniese con el resto de su gente a darle favor, y como halló sentado a su hermano con tanto reposo sobre la piedra, díjole reprendiéndole: ¿Qué haces ahí tan descuidado, andando tu gente a la melena con sus enemigos? Respondió el hermano con mucho peso, y dijo: Yo he hecho mi oficio de capitán en vencer y dar orden para ello; hagan ahora los demás el suyo, prosiguiendo la victoria que les he dado.

Sucedió en esta pelea un admirable caso, y fué que aquel soldado blasfemo, a quien se le había soltado aquella necedad, comenzando los naturales a arremeter a los nuestros salió él en delantera con sus armas y caballo, apartándose algún tanto del escuadrón (que ya con el ganado que se les huía estaba roto), al cual salió un guancho al camino y tirándole con una piedra rolliza como pelota se la hundió en los cascos al caballo, y cayendo en tierra dió luego el guancho sobre el caballero y lo acabó ignominiosamente en pago de su blasfemia, sien-

do el primero de los que murieron. Así castiga Dios a los que en sí fían.

## VI

### De cómo los que escaparon de la derrota fueron a Santa Cruz

Mucha reputación de la que los españoles acerca de los naturales tenían perdieron este día, por no haber querido esperar al enemigo en campo raso donde se pudieran aprovechar dél, y por haber temerariamente penetrado la tierra, sin haber tentado las corazas del enemigo, y haber asegurado los pasos peligrosos, y así perdieron la ocasión, reputación, campo y vidas, muriendo de ellos a manos de sus enemigos y desriscados casi novecientos hombres, que fué la mayor pérdida que en estas islas hubo, con que Dios quiso castigar la altivez y soberbia españolas, domadoras de todas las naciones, que solo trescientos hombres guanches desnudos y sin hierro ni arma defensiva, les diesen tanto en que entender que quedase

el campo por suyo, quitando la vida a cuantos topaban; tan encarnizados estaban, que a ninguno perdonaban que a las manos les viniese, y así los que dellos se escaparon fué por mucha ventura. Uno de los cuales fué el Gobernador de la conquista, Alonso de Lugo, que a uña de caballo, y por diligencia de algunos canarios y treinta guanches del Reino de Güimar que le acompañaron, se puso en salvo en el puerto de Santa Cruz, aunque no escapó sin herida porque le quebraron algunos dientes de una pedrada, y le mataron el caballo, y si Pedro Benítez el Tuerto no llegara a favorecerle lo librara mal, porque le tenían cercado los guanches, pero llegado le ayudó a levantar, y le proveyeron de otro caballo que andaba suéto, habiendo dejado a su dueño en el campo.

También le valió al Gobernador haber trocado la vestidura y traje con un soldado, y entrar en la batalla disfrazado, que también quedó en el campo como los demás, porque como antes de la batalla le habían los naturales visto, luego que se comenzó le buscaron, y al desdichado que había trocado la ropa con él lo acabaron luego pensando que era el Gobernador.

Pelearon este día valentísimamente los ca-

ballerōs y muchos de los canarios, pero sobre todos peleó Pedro Benítez, que hizo este día cosas hazañosas, tanto que los guan-ches decían que si hubiera muchos como él nunca sucediera el desastre; escapóse él y con su favor otros, escapó también Pedro de Vergara, Hernando del Hoyo, Bartolomé Benítez, Hierónimo de Valdés, Guillén Castellano, Juan Benítez, haciéndose muerto entre los muertos, habiendo todos peleado como caballeros. Escapáronse también veintiocho o treinta españoles, en una cueva junto a la mar, que no tenía sino una pequeña entrada por un andén, y como noventa canarios en una baja dentro de la mar, y otros en una junquera.

El Gobernador y caballeros que escapados de la derrota fueron a Santa Cruz, despacharon luego bajeles, para que fuesen costeando hacia la Matanza a recoger los que hubiesen escapado de ella, y así trajeron los noventa canarios que hallaron en la baja. El Rey de Taoro como supo de los españoles que en el andén estaban envióles a mandar que saliesen bajo su palabra, y saliendo les hizo buen tratamiento y los envió con gente de guarnición para que los llevasen a

Santa Cruz y los entregasen vivos a su capitán, y así lo hicieron.

Aconteció que llevando a estos españoles a Santa Cruz, habiendo de pasar por el lugar donde había sido la matanza, parece que un español, de miedo de la muerte o por no haber hallado modo de escapar la vida, no sabiendo el camino que había de tomar para escaparse de la mortandad y derrota pasada, se había quedado entre los cuerpos de los muertos hecho muerto, esperando ventura. Y pasando los veintiocho o treinta españoles que enviaba el Rey a Santa Cruz por el lugar donde él estaba, levantóse y juntó con ellos sin ser visto de los que los llevaban en guardia por entonces. Mas como de ahí a poco rato se pusiesen a sestear, contándolos hallaron uno más, y queriéndolo matar y no sabiendo cuál fuese, dieron aviso al Rey por no matar alguno de los que él les había entregado. El Rey los mandó volver y en viéndolos luego conoció cuál era, y sabiendo el modo cómo había escapado, le perdonó, dándole por pena la que el triste había padecido entre los cuerpos muertos de sus compañeros; y así los tornó luego a enviar en paz y en salvo, mandando no les hiciesen daño alguno.

Este fué el fin de la primera jornada que los españoles hicieron en esta Isla, y aunque fué afrentoso, fué suceso de guerra, y cosa que pudo ser sin culpa de los hombres faltándoles la fortuna. Ruín digo fué, pero más ignominioso lo dejaron a su partida de infidelidad con sus amigos, y fué, que enviando a llamar a sus aliados y amigos los del Reino de Güímar, con engaño y doblez dándoles a entender que era para dar orden de que el Rey de Taoro no les hiciese daño en sus tierras por estar confederados con ellos y haberles ayudado en la batalla, mientras volvían a rehacerse creyendo ellos ser así, vinieron de paz muchos, condoliéndose de su pérdida. Y convidándoles los españoles para que entrasen en sus navíos a verlos, estando dentro alcanzaron velas y llevaron a España gran cantidad de ellos para venderlos por cautivos, pensando restaurar su pérdida con este inhumano hecho, y fuera de toda razón. Algunos destos que fueron vendidos para esclavos, siendo ya radinos en la tierra se fueron a los Reyes a pedir justicia y libertad, informando de cómo siendo libres en su tierra con engaño les habían traído a donde estaban, y vendido como a esclavos, siendo libres, amigos y confedera-

dos, y así mandaron los Reyes sē les diese libertad y en ella viviesen.

Aconteció un gracioso caso a los naturales después de la batalla y derrota que acabamos de contar, y fué que yendo a coger el despojo que de los muertos había quedado, entre otras cosas de vestidos y armas hallaron ciertos guanches una ballesta armada con su pasador, que el que la traía no había tenido lugar de emplearlo, y así quedó en el campo con el dueño. Pues como no supiesen qué arma fuese por no haberlo visto en su vida, ni supiesen el artificio de la llave, ni el daño que hacer podría disparándola, tantas vueltas le dieron y tanto la trataron y manosearon, que sin saber lo que se hacían, apretó uno la llave y disparando la ballesta dió con el pasador a uno dellos por el pecho, que pasándolo de claro cayó muerto; los compañeros que vieron lo sucedido arrojaron la ballesta y dan a huir como si fueran tras ellos sus enemigos, y de ahí adelante en viendo alguna ballesta, rodeaban gran trecho por no pasar por donde estaba; tanto miedo le cobraron.

## VII

### De la segunda entrada que hicieron los españoles en esta Isla

Las cosas que en Dios no van fundadas enderezadas para su honra y servicio, y por su mano guiadas, pocas veces, o nunca, tienen buen suceso y fin, porque como se desvían del verdadero, que es Dios, van a parar al despeñadero de desastrados fines. Bien se vió en el capítulo precedente el fin que los españoles tuvieron tan ignominioso, porque el intento y fin que les movía a la conquista era más interés que honra de Dios y promulgación de su Evangelio; esto fue claro por lo que con sus amigos y aliados usaron, tomándolos sobre seguro y de paz, embarcándolos para venderlos por esclavos, que si con éstos usaron este término siendo amigos, con los enemigos ¿qué usaran? Fueron al fin desta vez con las manos en la cabeza y bien lastimados.

Mas como al Gobernador Alonso de Lu

go le iba ya su honra en no dejar de las manos un negocio en que tanta sangre y reputación le había costado, aunque muy alcanzado por los excesivos gastos que en la jornada había hecho, habiéndola hecho toda a su costa, sin que armador alguno interviniere, y para ello había vendido ingenio, tierras y posesiones que en Gáldar tenía como conquistador de aquella parte de Canaria, dejando el presidio que pudo en Santa Cruz en una torre que había allí edificado, se partió para Canaria.

Los que quedaron en la torre estaban tan atemorizados y medrosos que no osaban salir de ella a buscar de comer cuando les faltaba, si no era de noche. Ido, pues, a Canaria el Gobernador de la conquista, no halló tanta gente ni soldados cuantos había menester, ni se halló con posibilidad para tornar a armar, solo como la primera vez había hecho, y así hizo compañía con cuatro mercaderes genoveses, que dellos estaban en Canaria y dellos en España, para que como armadores le dñesen favor con dineros y mantenimientos. Estos cuatro armadores fueron Francisco de Palomar, Guillermo de Blanco, Nicolao Angelate y Matheo Viña, los cuales todos de mancomún, y cada cual

por sí, dieron poder a Gonzalo Xuárez de Maqueda, vecino del puerto de Santa María, que a la sazón estaba en la ciudad de Las Palmas en Canaria, para que en su nombre hiciese compañía con cualesquier personas que quisiesen ayudar a la dicha conquista de esta isla, con seiscientos hombres y treinta caballos, que quitados costos y costas, y quinto, se partiese la presa de esclavos, ganados y lo demás que se hubiese por medio, y la mitad se partiese entre los soldados y la otra entre los dichos armadores. Este poder se dió en Canaria en trece de junio del año de mil y cuatrocientos y noventa y cuatro, ante Gonzalo García de la Puebla, escribano público.

Con este poder y recaudos partió el dicho Gonzalo Xuárez para España y lo comunicó con el Duque de Medina, don Juan de Guzmán, el cual viendo el servicio que a Dios Nuestro Señor se hacía, trayendo la gente de aquella isla al conocimiento del Evangelio, y a la corona real de Castilla sujetándole aquella isla, dió oído a la demanda e hizo sus escrituras y conciertos con el dicho Gonzalo Xuárez, en nombre y voz de los dichos armadores; y luego hizo hacer gente y aprestarla. Y así, a tres de octu-

bre del mismo año, se embarcaron en San Lúcar de Barrameda seiscientos y cincuenta hombres de a pie y cuarenta y tantos de a caballo, hombres bien lucidos y muchos de ellos bien nacidos, en seis carabelas, viniendo por capitán deste socorro Bartolomé de Estupiñán, caballero privado del Duque; *mas por falta de tiempo no partieron hasta veintidos del dicho mes, y con buen viaje surgieron en Canaria, a veintinueve.*

No había estado ocioso en este tiempo el Gobernador de la conquista, porque también por su parte había juntado la gente que había podido, así de canarios, gomeros y majoreros, como de españoles, parientes y amigos, así de los que habían quedado de la primera entrada, como de otros que de nuevo se le juntaron, como fueron Hernando de Trujillo, caballero jerezano; Lope Fernández de la Guerra, conquistador de Canaria y señor de dos ingenios; Vallejo, Hernando de Llarena, Mateo Vinan, Jorge Grimón, Juan Perdomo, Gonzalo Mexia, Lope de Aguirre, y los otros que de la derrota de la Matanza escaparon, excepto Bartolomé Benítez de Lugo, que quedó tan escaldado de la primera entrada en que se halló que no quiso volver a la isla hasta después de conquista-

da, con otros muchos que después nombraremos.

Y así en llegando el socorro del Duque se partieron para Tenerife, y a dos de noviembre del dicho año surgieron en Santa Cruz donde antes habían surgido, y saltando en tierra sentaron su real con determinación de no salir de ella, hasta morir o ganarla. Entre la gente de a caballo que envió el Duque para el socorro fueron Diego de Mesa, Francisco de Mesa, Gonzalo Castillo, Alonso de Alfaro, Jaime Joven, Alonso Benítez, Alonso de las Hijas, Estrada y otros muchos. Tenía esta vez debajo de su bandera el Gobernador de la conquista más de mil hombres de a pie, y sesenta o setenta de a caballo, toda gente lucida y de hecho. Y comenzando en el nombre de Dios, en quien todas las cosas tienen buen fin, dejando buen recaudo en Santa Cruz, subió marchando el campo con más recato y orden que la vez pasada, hasta llegar a Nuestra Señora de Gracia, y hecha oración, y pedido favor a Dios, pasaron a La Laguna puestos en orden de pelea.

## VIII

### De la batalla que entre los españoles y guanches hubo en La Laguna

Habían quedado los naturales tan ufanos y soberbios con la victoria habida (más por castigo de Dios y permisión suya que por sus fuerzas), que ya no estimaban a los nuestros ni los tenían en la posesión que antes. Y como tenían más armas que la vez pasada, por haberse aprovechado de las que los españoles perdieron en la derrota de Centejo, tenían más ánimo, atrevimiento y osadía; y así tenían puestos sus espías para que vieses el designio de los nuestros, que habían llegado a Santa Cruz, para que cuando quisiesen marchar y subir arriba se lo avisasen, para salirles al encuentro y cogerles la cuesta, donde con su ligereza se pudiesen aprovechar de los nuestros. Mas no les salió como pensaban, porque o los centinelas se descuidaron o ellos (aunque apercebidos) no pudieron salir más ayna, y así

cuando acudieron ya los nuestros estaban en lo alto y puestos en ordenanza.

Visto que su desigmo no había tenido el fin pretendido tomaron los guanches otro acuerdo, con intento de acabar este día la gente española, y fué que presentasen al enemigo la batalla y que para si peleando o siendo vencidos no se les pudiese escapar español alguno, fuesen, sin ser sentidos, por un barranco camino de Santa Cruz trescientos o cuatrocientos hombres, y matando a los que allá estaban esperasen a los que de la batalla huyesen; pero quedáronse burlados, porque trabándose la batalla entre ambos campos, que se dió a catorce de noviembre, fué tan brava, tan reñida y peligrosa, que duró muchas horas con dudosa fortuna, porque cada parte peleaba con mucho coraje y ánimo denodado: a los unos les iba honra e interés, y a los otros defensa de patria y libertad.

Al fin, la victoria que hasta entonces había estado neutral, mirando quien mejor lo hacía, se hizo de nuestra parte y se declaró por nuestra, y, aunque no sin mucho daño y muertes de los nuestros, los guanches fueron desbaratados, vencidos y echados del campo, con mucha pérdida de su gente. Pe-

leóse este día valerosamente y con mucho trabajo, porque era tanta la resistencia que los guanches hacían, y tanta la ligereza y desasosiego con que peleaban, que no daban a los nuestros sosiego alguno ni lugar de resollar.

Aconteció que como los peones ballesteros disparasen sus ballestas, y con los pasadores hiciesen en los enemigos daño, aunque poco, porque como no están quedos peleando, sino corriendo de un lado a otro, no les podían hacer tiro cierto; los guanches, que no entendían el artificio cómo se tira el pasador y no oían más que el sonido o estallido que daba la cuerda, tomaban el pasador o virote y haciendo aquel sonido con la boca arrojaban el yirote con la mano hacia los nuestros, pensando que en el sonido estaba la fuerza; pero con mucha más arrojaban ellos una piedra, que aunque diese en la rodela o tarja la hacían pedazos y al brazo debajo della. Entre otros peleó este día valentísimamente el Rey de Taoro, porque con una alabarda, dicen, se defendió de siete hombres de a caballo, y al cabo se escapó de entre ellos y se subió por la cuesta de San Roque. Mas aunque destos se escapó, no pudo escaparse de un Fulano de Buendía, que sin

conocerlo ni saber que era Rey (aunque él en su lengua se lo decía ser el Mencey, que es Rey), como no le entendiese, no le valió su reinado, que le pasó con la lanza en un barranquillo estrecho donde quedó.

De los prisioneros y cautivos, que hubo muchos, se supo haber faltado el Rey, y como le buscasen y conociesen, cortándole la cabeza la enviaron a su Reino. Y viéndola los suyos, que ya habían elegido otro hermano del dicho Benchomo por Rey, dijeron que donde se había quedado el cuerpo pudiesen la cabeza, que no les espantaba aquello; mas que mirase cada cual por la suya. Dicen algunos que el Rey Benchomo no murió luego de la lanzada, y que cuando le fueron a buscar aun estaba vivo, y que le tornaron cristiano, y así murió.

Los del Reino de Güímar, escarmentados de lo que con ellos habían los españoles usado la jornada pasada, se mostraron en esta vez neutrales, estando a la mira sobre un monte hasta ver por quien quedaba el campo. Y viendo que los de Tegueste, Tacoronte y Taoro habían llevado lo peor e iban de huída, se juntaron con los españoles, sirviéndoles con lo que en la tierra había, con mucha voluntad y fidelidad.

## IX

De algunas otras batallas y encuentros que tuvieron hasta que la isla se ganó

Habida esta famosa victoria con que los guanches quedaron castigados y amedrentados, el Gobernador y los demás españoles que escaparon dieron gracias a Dios en un lugar donde después por este respecto formaron una ermita, que llamaron Nuestra Señora de Gracia, de quien algunas veces hemos hecho mención. Y considerando las muchas fuerzas y ánimo con que los naturales habían peleado y cuan peligrosa había sido la batalla, no queriendo perder por alguna desgracia o atrevimiento la opinión que habían ganado, y también para curar los heridos, que eran muchos, quiso rehacerse, y esperar al enemigo apercebido, entendiendo que él lo vendría a buscar, y para esto volvióse con su gente a Santa Cruz, que era tierra de amigos y tenían mejor alojamiento por ser tierra caliente y puerto de

mar, y allí se estuvo algunos días sin sobresalto alguno ni inquietud, porque el invierno no daba lugar a que él hiciese entrada alguna en la tierra, ni a que los enemigos le inquietasen y buscasen.

En este tiempo, por el año de mil y cuatrocientos y noventa y cuatro, ahora fuese por permisión divina, que en castigo de la matanza que los años atrás los naturales en los españoles habían hecho, ahora fuese que los aires por el corrompimiento de los cuerpos muertos en las batallas y encuentros pasados, se hubiesen corrompido e inficionado, vino una tan grande pestilencia, de que casi todos se morían, y esta era mayor en el Reino de Tegueste, Tacoronte y Taoro, aunque también andaba encarnizada y encendida en los demás reinos. Desto dió aviso una mujer de la isla, desde un risco, haciendo señas, y llegando el intérprete a hablar con ella, le dijo, que qué hacían, que por qué no subían y se apoderaban de la tierra, pues no tenían con quien pelear, ni a quien temer, porque todos se morían.

Visto esto envían descubridores que corran el campo (era ya la primavera) y marcha el Real la vía de La Laguna, donde sentando su real, comienzan desde allí a correr la tie-

rra; hicieron algunas entradas en Tegueste y Tacocronte, trayendo siempre alguna presa, porque con la enfermedad y desaliento que entre los naturales había, no hallaban los nuestros tanta resistencia; y aunque los naturales no la hacían por las causas dichas, el hambre y necesidad que los nuestros padecían la hacían grande y era ocasión que la conquista no se prosiguiese, porque como los nuestros se iban apocando, así por la tardanza que en la conquista había, y por los muchos que en ella habían muerto, como por enfermedades, miserias y hambres y trabajos que pasaban, y había gran falta de mantenimientos, porque en la tierra no se sembraba por causa de la guerra y enfermedad, y los armadores como estaban obligados no acudían, ni los traían de fuera, y a esta causa el Gobernador, de quien todo dependía, estaba con pena porque los soldados quisieron dejar la conquista muchas veces y volverse a sus casas, y aun él estuvo en hacerlo si no mirara que le iba la honra en salir con su empresa, y para conseguirla era necesario perseverancia, y tratando este negocio con algunos caballeros de los que en su compañía traía, fueron de parecer que lo comenzado se prosiguiese y no se al-

zase mano de la conquista hasta concluirla.

Uno de los cuales, hombre no menos valiente que liberal, viendo que la dificultad toda era la necesidad que se padecía, como hombre que estimaba más la honra que la hacienda, ofreció toda la que tenía al Gobernador para reparo y socorro de la gente y así despachó a Canaria y vendió sus ingenios y haciendas que en aquella isla tenía por diez y seis mil ducados, con que se provecheron de armas, gente y vituallas para acabar la conquista: este caballero fué Lope Fernández de la Guerra, de quien adelante haremos mención.

Pasaron en el interín los soldados seis meses de trabajo con sólo cebada y carne, hasta que vino el socorro que Lope Fernández traía. Y entonces, viendo la poca resistencia que los guanches hacían y que lo más de Tegueste y Tacoronte estaba ya asolado, determinó el Gobernador (como aquel que sabía dónde estaba la fuerza de los enemigos y por dónde se podía mejor ofender) de pasar adelante al Reino de Taoro, y así marchó su campo hacia la Orotava, con mejor suceso que la vez primera, sin hallar mucha resistencia, aunque alguna, hasta sentar su real en el lugar que del se denota

minó Realejo, en el término de Taoro; desde allí hicieron algunas entradas y dieron algunos asaltos con provecho corriendo hacia todas partes, y aunque había muchos caballeros de sangre y hombres valentísimos y de mucho consejo y peso, de los que más se fiaba el Gobernador eran cuatro caballeros que eran Hernando de Trujillo, Lope Fernández de la Guerra, Pedro de Vergara y Guillén Castellano, los cuales tenían mucha mano con el Gobernador, y eran los que acaudillaban la gente y servían y hacían oficios de capitanes, y los que en las empresas más peligrosas eran los primeros, pues como prosiguiendo su conquista, fuese necesario reconocer cierta estancia entre naturales, salió Lope Fernández a ello solo; y parece que por la parte que él iba habían venido a lo propio quince o veinte naturales, que estaban emboscados, para reconocer más a su salvo el designio de los nuestros; pasando por allí Lope Fernández le acometen los que en la emboscada estaban; él poniendo las piernas al caballo después que lo vió se fué retrayendo (porque el lugar era peligroso) hasta sacarlos a un raso, a donde revolviendo con su caballo les acometió por no mostrar cobardía, y habiendo derri-

bado seis dellos los demás dieron a huir por el monte, y pareciéndole había hecho poco si no había alguno dellos a las manos para informarse del designio e intento de los enemigos, arremetió por una estrecha senda tras uno, y alcanzándolo le echó el caballo encima y cayó, y atándolo lo trajo al real donde fué bien recibido. Este prisionero dió relación de cómo la tierra toda estaba apellidada, y con determinación de probar la fortuna otro día siguiente, y para esto los querían divertir y acometer por dos partes, señalando por dónde y cómo.

Esto era así porque viendo los reyes y guanches que ya los españoles se apoderaban de la tierra, y que les faltaba mucha gente, así de la peste que duraba como de las guerras y entradas que los nuestros hacían, quisieron probar fortuna, y poner la tierra en libertad y concluir desta vez, y así convocándose y juntándose de todas partes, después de animados y despedidos unos de otros como hombres que iban a echar el resto, y probar la última fortuna, presentaron la batalla a los nuestros, día señalado de la Natividad del Hijo de Dios, el año de mil y cuatrocientos y noventa y cinco. Y habiéndose los nuestros (como hombres aper-

cibidos) prevenido la noche antes de lo necesario, sabiendo que habían de ser acometidos por dos partes, se dividieron, poniéndose en un sitio el Gobernador, con parte de la caballería y peones, y en otro Lope Fernández de la Guerra con el resto de la gente.

Pelearon los unos y los otros valientísimamente, porque los naturales luchaban como desesperados y como aquellos que querían desta vez concluir y ver para cuánto eran, y los nuestros como gente acostumbrada a vencer, y que les iba la honra en salir con victoria, por ser casi en el mismo lugar la batalla, que había sido la primera los años pasados, y querían cobrar la reputación que habían perdido en el propio lugar donde la perdieron, que fué Centejo. Al fin, habiendo peleado la mayor parte del día la victoria se cantó por nuestra parte, y los naturales fueron desbaratados y vencidos, muriendo muchos y los más principales dellos; y en agradecimiento desta victoria fundaron en el propio lugar una ermita, que la llamaron Nuestra Señora de la Victoria. Desde este día se acobardaron los naturales, y los nuestros conocieron ser ya la tierra suya, y recogiendo algunos días en el Realejo, aguardaron el designio del enemigo, y viendo que no acu-

día en escuadrón formado como solía, envió el Gobernador y capitanes algunos caballos y hombres ligeros a correr el campo, los cuales volviendo al real y trayendo algunos prisioneros consigo dijeron que ya no había más que temer porque en la batalla pasada habían puesto los naturales su buena o mala fortuna, y así estaban de paz, y también porque no había casi gente, ni la hallaban con quien pelear, por morirse todos de una pestilencial enfermedad, y así los hallaban de ciento en ciento muertos y comidos de perros.

Éstos perros eran unos zatos, o gozques pequeños, que llamaban cancha, que los naturales criaban, y como por la enfermedad se descuidaban de darles de comer hallando carniza de cuerpos muertos tanto se encarnizaron en ellos que acometían a los vivos y los acababan, y así tenían por remedio de su desventura los naturales dormir sobre los árboles cuando caminaban, por miedo de los perros.

Fué tan grande la mortandad que hubo que casi quedó la isla despoblada, habiendo más de quince mil personas en ella; y así a su salvo podían los españoles correrla sin mucha resistencia. Con todo aquesto estu-

vieron tres años en sujetarla, ganarla y apaciguarla, y tardaran muchos más si la peste no fuera, por ser la gente della belicosa, temosa y escaldada.

## X

De cómo los españoles hicieron asiento en la isla y de los primeros regidores de ella

Ya que el Gobernador y caballeros de la conquista vieron la tierra pacífica y quieta, que ya no tenían necesidad de andar con el cuidado de las armas, volvieron su estudio y diligencia en componerse así, y ordenar modo de vivir tranquilo y sosegado, y por leyes civiles y urbanas regido, con que lo adquirido se conservase, y así escogiendo para vivienda el lugar de La Laguna, situaron y señalaron el sitio que hoy tiene, con mucho cuidado que quedase también puesta y sentada, así en calles, plazas, casas, iglesias y en lo demás, como hoy la vemos, dando el Gobernador sitios y solares, y repartiéndolo tierras, para lo cual el año de mil y

cuatrocientos y noventa y seis le vino poder insolidum de sus Altezas, para que él solo repartiese las tierras y aguas de la isla, dado a cinco de noviembre.

Ordenada la República, juntándose el Gobernador con los caballeros y cabezas a veinte de octubre de mil y cuatrocientos y noventa y siete años, propuso para servicio de Dios Nuestro Señor y buen regimiento de la República que comenzaba, era necesario comenzar con buen pie, para que tuviese buenos sucesos, y porque veian más cuatro ojos que dos, y el consejo de muchos es más acertado que el de uno solo, por tanto que él quería (con su parecer) elegir en nombre de Sus Majestades ciertos Regidores y Jurados, para el buen regimiento, gobierno y orden de aquesta isla, y así pedía su parecer y beneplácito a los caballeros que presentes estaban, los cuales respondieron que era cosa muy acertada, conveniente y necesaria. Y luego en continente, eligió y nombró por su lugar teniente con todo su poder para lo tocante a la justicia a un caballero jerezano, hombre muy principal y de muchas prendas de muy claro juicio, y bien puesto con los soldados y pueblo, y que en guerra y paz había mostrado su valor; éste

era Hernando de Trujillo, a quien llamaron el Teniente Viejo; y luego nombró por su alcalde mayor a Francisco de Gorvalán, y por Regidores los siguientes: Cristóbal de Valdespino, Pedro Mexia, de los cuales no halló más de sus nombres, y de que se hallaron en la primera entrada, Guillén Castellano, intérprete en la conquista y hombre de mucho caudal, y de quien todos lo hacían; Lope Fernández de la Guerra, hombre de mucho peso y ser y no menos valiente que liberal, el cual socorrió al Gobernador en tiempo de mayor necesidad con su hacienda y persona para la conquista, y así se le dió en repartimiento el valle que dicen de Guerra, que por haberlo dejado vinculado al tiempo que murió lo poseen hoy los descendientes de un entenado suyo, hijo de su mujer y de otro marido, porque un sobrino suyo a quien él quería dejar el mayorazgo se puso a jugar las cañas estando el tío en lo último, éste lo desheredó a petición de su mujer. Pedro Benítez, el que dicen el Tuer-to, hombre valentísimo y de grande estatura y ferocidad, el cual libró al Gobernador de los guanches en la Matanza, y después peleando (como quien era) murió en Tagaos. Era tan nombrado, que espantaban los ni-

ños con él. Hierónimo de Valdés, hijo de Pedro de Algaba, Gobernador que fué de Canaria, el primer caballero conocido y hombre de mucho valor, continuo criado de los Reyes, cuya cédula yo he visto, y que fué de los primeros conquistadores.

Estos seis fueron los primeros regidores, que no es pequeña señal de ser hombres de mucho tomo y prendas, pues para principiar leyes en tierra nueva y tan falta dellas no se requería menos. Además destos regidores nombró dos jurados que fueron Francisco de Albornoz y Juan de Badajoz, y escribano público Alonso de la Fuente.

Estos fueron los principios de aquesta República que en tanto crecimiento ha ido, y de donde tantos varones tan ilustres han salido, así seglares como eclesiásticos. Ordenada su República hicieron y ordenaron muchas ordenanzas y estatutos que entonces fueron convenientes, uno de los cuales fué, que al conquistador o poblador que se le hubiese de dar repartimiento alguno fuese avendándose y viviendo en la isla por tantos años, donde no perdiese la data; otras muchas ordenanzas hicieron, que en el libro capitular se hallarán.

## XI

### De algunos conquistadores que se hallaron en la conquista desta isla

Ya tengo dicho atrás y advertido, que todo lo que escribo de conquista e historia desta isla es accesorio y no de intento principal; pero ya que alguna cosa he tocado de ella quiero llevar adelante lo comenzado, no dejar la costura sin nudo, ni el edificio sin remate, aunque el capítulo presente es el que yo más temía y rehusaba, no por no hacer memoria de tan ilustres varones, que también lo merecieron, ganándola con su virtud y brazo, sino porque en el orden de proceder sus descendientes no se agraven; si en la precedencia o prerrogativas no se pusieren en el lugar que merecen y ellos querían; pero como de cada uno de ellos no se puede hacer historia particular, es forzosa haberse todos de poner juntos, y así advierto que en ponerlos atrás o delante, es hacer primero memoria de unos que de otros.

no por eso es visto les quiero dar más valor que el que sus hechos y sangre mereciere, ni agraviar a unos por honrar a otros, sino que de todos haya memoria en los venideros para honra de sus descendientes y estímulo de sus virtudes.

El principal de quien reza esta historia es Alonso de Lugo, caballero de noble sangre y limpia, natural de la ciudad de Lugo, en Galicia, que ganoso de valer por su persona, aunque de sus progenitores tenía valor, se vino a la conquista de Canaria, donde por la parte de Gáldar conquistó y apaciguó la tierra, y tuvo la tenencia de la torre, siendo alcaide della, desde donde fué a procurar la conquista de esta isla y de la Palma, y por sus merecimientos y nombre los reyes se la concedieron con título de Gobernador de la conquista y Capitán General en las partes de Africa desde el cabo Aguer hasta el de Bojador, y repartidor de las tierras della. Y como fueron creciendo los servicios que a sus reyes hizo, fueron también creciendo las mercedes que ellos le hicieron, nombrándolo Adelantado de las islas de Canaria, cuyos descendientes heredaron (como ramas de tal tronco) la generosidad, ánimo, liberalidad, sangre, título y patrimonio, co-

mo fué su hijo don Pedro Fernández de Lugo, que conquistó a Santa María; y el hijo de éste, don Alonso Luis Fernández de Lugo, y el de éste, don Luis Fernández de Lugo, y la que hoy posee estado y título, doña Porcia Magdalena Fernández de Lugo, princesa de Ascoli, duquesa de Terranova.

Después de pacífica la tierra, envió el dicho Gobernador o Adelantado por un sobrino suyo llamado Pedro Fernández de Lugo, caballero muy principal, a quien por poblador dió muy buenas posesiones. Este caballero fué el primer Gobernador después de los Adelantados que hubo en la isla. Otra sobrina trajo también el Adelantado llamada Ana de Lugo, señora muy noble y de mucho valor y cristiandad, que casó con un caballero sevillano conquistador de esta isla y alcalde mayor della, hombre de mucho ser que llamaron Pedro de Vergara. Otro sobrino de la mujer primera del dicho Gobernador, hermano de Hierónimo Valdés, llamado Andrés Suárez Gallinato, también fué conquistador de esta isla y de la Palma, hombre de mucho ser, cuyo nieto es un capitán bien conocido llamado Juan Xuárez Gallinato.

Los conquistadores que con sus armas y

caballos se hallaron en la conquista son Hernando de Trujillo, teniente de Gobernador; Pedro de Vergara, alcalde mayor; Cristóbal de Valdespino, regidor; Pedro Mexia, regidor; Guillén Castellano, regidor; Lope Fernández de la Guerra, regidor; Pedro Benítez, regidor; Hierónimo de Valdés, regidor; Diego de Mesa, Hernando del Hoyo, Hernando de Llarena, Bartolomé Benítez, Juan Benítez, Jorge Grimón, Gonzalo Castillo, Lope de Aguirre, Pedro Benítez, Antonio de Vallejo, escribano público; Mateo Viña, Alonso de las Hijas, Francisco Albornoz Jurado, Juan Perdoma, Jaime Joven, El Comendador gallego, Juan de Almansa, Cristóbal de Lucena, Hernando de Medina, Sancho de Vargas, Gonzalo Mexia, Diego Negrón, Zambrana, Herrera, Nicolás Ruiz, Alonso de Alfaro, Hierónimo de Pineda, Francisco de Mesa, Alonso Benítez, Estrada, Juan de Torres, Alvaro de León y otros muchos.

De los peones fueron, Francisco Melián, Ibone de Armas, Francisco de Sepúlveda, primo de Luis de Sepúlveda, del consejo de Su Majestad; Diego de Cala, don Pedro, don Hernando su hermano, Alonso de la Fuente, Hernando de los Olivos, Antón Martín

Sardo, Dome a Dios, Hernando de Riverol, que favoreció a la conquista, Diego de Agreda, Lope Gallego, Pedro Váez, Rodrigo Yanes, Diego Delgado, Juan Navarro, Antonio de Cáceres, Carrasco, Diego de León, Juan Zapata, Alonso de Arocha, Rodrigo Barrios, Lope de Salazar, Lope de Fuentes, García de la Huerta, Gárcipáez, Rodrigo Montañó, Gonzalo Yáñez, Diego de Solís, Juan Dara, Oautindana, Juan Pascual, Blasino Romano, Juan Guillén, Juan de Ortega, Gorvalán, Pedro de la Lengua, Pablo Martín, Buendía, Gamonales, Alonso Márquez, Juan Núñez, Pedro Luis, Alonso de Xerez y otros muchos, que por evitar prolijidad callo, no con intento de obscurecer su fama, sino porque de ellos ya no hay memoria.

Después de ganada la tierra vinieron muchos hombres principales a poblarla, que no merecen menos que los pasados, como fué Cristóbal de Ponte, genovés que trataba en la isla, aun mucho antes de que se conquistara, y viendo y conociendo su valor el Adelantado y teniéndole amistad le casó con una señora principal hermana de Pedro de Vergara, que se llamaba Ana de Vergara, y le dió como a poblador muchas tierras y aguas; así hoy sus descendientes poseen dos

mayorazgos, los mejores de la isla. También vino a poblar otro genovés, hombre muy principal y de quien en la isla y fuera de ella se hacía mucho caudal, así por sus riquezas como por su buen juicio, liberalidad y verdad con que se trataba. Fué regidor desta isla; llámase Domenigo Rizo Grumaldo; tiene hoy descendientes que merecen bien la cepa de donde proceden. Otro caballero vino también a poblar, hombre de mucho peso y ser y de quien hacían mucho caudal los Adelantados y toda la isla, y tué regidor della muy acepto y de mucho nombre, que se llamó el Licenciado Cristóbal de Valcazar, cuyos descendientes que hoy viven, el capitán Valcazar, Alonso de Lugo y Lorenzo Xuárez de Figueroa, son muy correspondientes al tronco de donde vienen.

Otro caballero vino también a poblar llamado Alonso de Llarena, sobrino de Hernando de Llarena, conquistador, natural de Llarena, hombre de mucho nombre en esta isla, y de quien toda ella y las comarcanas hacían mucho caudal. Este caballero fué regidor y teniente de Gobernador en esta isla muchas veces, y por su persona, industria y merecimientos vino a ser señor de mucha hacienda, así de la que heredó de su

tío Hernando de Llarena como de la que por repartimientos e industrias adquirió, y así dejó tres mayorazgos muy principales en ella, como fueron a Diego González de Llarena, en la Orotava, regidor desta isla, y al Licenciado Alonso de Llarena, regidor y capitán de a caballo, en la ciudad de La Laguna, y a Luis de S. Martín Llarena, capitán también de a caballo en la Orotava, hombres todos de mucho ser y caudal, que en servir a su Rey han seguido las pisadas de sus pasados, y en su memoria han hecho suntuosos entierros y capillas, pretendiendo en ello más la venidera que la presente gloria.

## XII

Del repartimiento que se hizo de las tierras  
y aguas desta isla y de los pueblos  
que se fundaron en ella

Habiendo considerado los caballeros de la conquista la tierra y calidades della, pareciéndoles que para su vivienda era apacible

y agradable, determinaron de poblarla y repartirla entre sí, pues la habían ganado, que esta era la voluntad de los reyes que a ella les habían enviado, y así el Gobernador Alonso de Lugo, teniendo noticia de las partes y merecimientos de cada cual, y de lo que en la conquista había trabajado, fué haciendo repartimientos de tierras y aguas, el año de mil y quinientos y uno; y porque nadie se pudiese quejar, habiendo primero hecho medir la tierra que al parecer era mejor, y dividiéndola por suertes de cada seis fanegadas, se echaron suertes entre los conquistadores, a quien cayese que se la llevase, teniendo escritos los nombres de cada cual en su cedula dentro de un cántaro y las suertes en otro. Y porque algunos venían de fuera a poblar la tierra y otros conquistadores no habían recibido aún el premio de sus trabajos, ni tenían tierras donde vivir y cultivar, por quitarse el Gobernador de algún trabajo, o aliviarse, y honrar a sus amigos, el año de mil y quinientos y dos por enero dió todo su poder irrevocable cual de sus Altezas lo tenía, a Hernando de Trujillo, a Lope Fernández de la Guerra, a Pedro de Vergara, alcalde mayor, y a Guillén Castellano, para que re-

partiesen las tierras y aguas a quien debían, con tal que al de a caballo diesen dos svertes y al peón una. Esto se entendía de las tierras de regadío, porque de las de sequero de ciento en ciento se repartían los cahizes.

Estos caballeros hicieron muchos repartimientos, y les tenía tanto respeto el Gobernador que cuando daba alguna cédula de repartimiento rezaba desta suerte: Yo, Alonso de Lugo, Gobernador y repartidor de las tierras y aguas desta isla por Sus Majestades: Doy a vos, fulano, porque fuiste conquistador, o porque ayudaste en la conquista, o porque venís a poblar, tantas fanegas de tierra y aguas en tal parte, en repartimiento, con tal que Hernando de Trujillo, o Lope Fernández de la Guerra, o Pedro de Vergara, no las hayan dado a otro. Repartidas, pues, las tierras y conociendo cada cual lo suyo, trataron de fundar y así se hicieron muchas y muy buenas poblaciones, que son:

La ciudad de San Cristóbal de La Laguna (que por estar edificada junto a una laguna tomó el nombre della) es poblada de mucha gente muy principal y rica, cabecera desta isla; ennoblecida con grandes y sun-

tuosos edificios, espaciosas y anchas plazas y calles, con dos iglesias parroquiales, honrada con cuatro solemnes conventos, dos hospitales y otras muchas ermitas y oratorios, mucha caballería, mercaderes de mucho caudal y labradores gruesos.

El pueblo de la Orotava, poblado de la gente más granada y de más lustre que a la isla vino, tiene de vecindad ochocientos y más vecinos; es un pueblo muy fresco, fundado en una ladera; tiene muy buenos edificios y calles, aunque agrias de subir; tuvo dentro del mismo pueblo tres ingenios de azúcar y tiene hoy once molinos de a dos piedras; tiene su acequia que atraviesa todo el pueblo; en su circuito hay una legua de tierra la mejor y de más provecho que hay en las islas y aun en España, porque en ella se da y cría todo lo que se puede desear. Es la gente deste pueblo (porque lo lleva de suelo) muy caballerosa, aunque algo altiva, y como las haciendas de pocos padres se han dividido en muchos hijos, no tienen la posibilidad que querían para mostrar los ámbitos que representan.

Garachico es otro pueblo grande en puerto de mar, bueno y seguro, si no es del Noroeste que es travesía; tiene una razonable

fortaleza; hay en este pueblo algunos caballeros y todo el resto del pueblo son tratantes, y con la mucha contratación ha subido a mucha riqueza y así está ennoblecido de ricos edificios, iglesias y conventos.

Icod de los viños (a diferencia de otro que llaman el Alto) es un pueblo de mucha vecindad y de hombres honrados y ricos; está edificado en la falda del Teide con buenos edificios; hay en él mucha madera.

Los dos Realejos, el alto y el bajo, son pueblos, aunque no muy grandes, ricos y de muy buenos edificios; sacados algunos caballeros, los demás son labradores.

Buenavista es un poblado de gente noble y rica; hay en él algunos buenos edificios; es el último de la parte de Daute.

Los Silos también tiene buenos edificios; está ennoblecido con el ingenio de Daute, que está junto a él, y que es de un caballero aragonés llamado Gaspar Fonte de Ferrera.

San Juan es otro pueblo de labradores y viñaderos.

Icod el Alto son todos labradores.

Los dos Teguestes, nuevo y viejo, con sus viñas han levantado cabeza, porque lleva suaves vinos, y buenos y muchos.

Tejina también compite con ellos.

Tacoronte es un poblado de labradores labriegos que no han menester a sus vecinos.

El Sauzal, la Matanza y Centejo son todos labradores que con el sudor de su rostro se mantienen, sin ocupar a otro.

Santa Cruz es un puerto desta isla, el primero donde desembarcaron los de la conquista, y así es el más antiguo pueblo della. Habítanlo gente de la mar; tiene una buena fortaleza con mucha artillería y soldados de guarnición; fundóla Juan Alvarez de Fonseca siendo Gobernador desta isla; son los alcaides della cadañeros y provéelos el Cabildo, y no lo puede ser si no es hijo de algo. Este año de mil quinientos y noventa y uno lo es Luis de San Martín Cabrera, regidor desta isla y capitán que ha sido muchos años.

Taganana es un pueblo fundado sobre los peñascos de Naga, de gente que tira por el arado y azada.

Por esotra parte del Oeste y Sur tiene esta isla algunos pueblos, aunque pequeños, pero ricos de panes y ganados.

Santiago, Adeje, que es puerto y tiene fortaleza, cuyo señor y alcaide perpetuo es un

caballero mayorazgo y regidor perpetuo llamado Pedro de Ponte.

Vilafior es un lugar de Chasna de gente hidalga y rica.

Arico y la Granadilla son lugarejos que los habitan gente honrada.

Candelaria y Güimar están destotra parte, lugares donde habitan los naturales guanches que han quedado, que son pocos porque ya están mezclados, y habitan allí por respeto de la Santa Imagen de Candelaria que allí apareció, como queda dicho.

Hay en esta isla sola más gente que en todas las demás juntas; habrá de pelear siete mil y más hombres, y cada día va en mayor aumento con la ayuda y patrocinio de su patrona la Candelaria.

### XIII

Del estado presente de esta república y regidores de ella

Ya que hemos tratado de los antiguos y pasados para que dellos quede memoria, no

será razón olvidemos los presentes para estímulo suyo y consuelo, pues la virtud crece siendo loada y más habiendo tanta razón de que hacer dellos memoria, por haber seguido las pisadas de sus pasados, así en servir a su Rey y República como en procurar tener en pie la honra que ellos les ganaron, pues no es menos honra conservar lo adquirido, que adquirir de nuevo lo no alcanzado.

Ha ido siempre esta República de bien en mejor, produciendo hombres de mucho valor y ser, de mucho peso y juicio, que en la isla y fuera della lo han mostrado así seculares como eclesiásticos, hombres caudalosos en letras y de muy felices ingenios si los quisiesen ejercitar, mas son algo perezosos. Ha tenido siempre en su cabildo hombres grandes republicanos y canas muy venerables, que con pecho intrépido se oponían contra las injusticias y agravios que algunos jueces querían hacer, y aunque al presente (según el mucho número de regidores que son) no hay muchas canas, hay juicios sentados y discreción que las suple.

## INDICE

### LIBRO TERCERO

Capítulo I. Del descubrimiento de esta isla.

Capítulo II. De cómo los reyes Don Fernando y Doña Isabel compraron las islas de Canaria, Tenerife y la Palma.

Capítulo III. De algunas entradas que hicieron en esta isla, antes que viniese a ella Alonso de Lugo.

Capítulo IV. De la primera venida de Alonso de Lugo a esta isla.

Capítulo V. De la batalla que hubo entre los españoles y los guanches en Centejo y la matanza que en ellos hicieron.

Capítulo VI. De cómo los que escaparon de la derrota fueron a Santa Cruz.

Capítulo VII. De la segunda entrada que hicieron los españoles en esta isla.

Capítulo VIII. De la batalla que entre los españoles y guanches hubo en La Laguna.

Capítulo IX. De algunas otras batallas y encuentros que tuvieron hasta que la isla se ganó.

Capítulo X. De cómo los españoles hicieron asiento en la isla, y de los primeros regidores de ella.

Capítulo XI. De algunos conquistadores que se hallaron en la conquista de esta isla.

Capítulo XII. Del repartimiento que se hizo de las tierras y aguas destas islas y de los pueblos que se fundaron en ella.

Capítulo XIII. Del estado presente de esta república y regidores de ella.

